Condenado a escribir

Daniel Waisbrot

I

Siempre me llamó lo poético. La fuerza que emanaba de ciertas frases que quedaban fijadas en mí como indelebles, impermeables tanto al paso del tiempo como a cualquier forma del olvido.

El amor entre Horacio Oliveira y La Maga, me acercó a Cortázar en mi adolescencia temprana. Yo quería eso, quería ese amor del que él hablaba. "Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano y por un azar que no logro comprender, esa boca coincide exactamente con tu boca que sonríe por debajo de la que mi mano te dibuja". El amor romántico a veces, le ganaba al esperma urgente, sobre todo cuando, como decía Oliveira, "Y te siento temblar junto a mi como una luna en el agua".

Así que empecé hacia mis quince o dieciséis escribiendo poesía. Me impactó fuertemente a esa edad mi encuentro con lo grupal, con Pichon Riviere en un curso de madrijim. El profesor del curso de Dinámica de Grupos nos contó que Pichon Riviere era un psicoanalista que había pronunciado una frase célebre y la escribió en el pizarrón: Nadie habla al pedo. Y al rato nomás, nos lo explicó con una interpretación. Nosotros, nuestro grupo, estaba por separarse en dos. Algunos seguiríamos en la Escuela de Madrijim y otros habían decidido dejarla. La noche previa habíamos ido al cine a ver un estreno: "Nos habíamos amado tanto". Esa noche en el curso, no podíamos parar de joder y joder. No lográbamos entrar en tarea. Hasta que Roberto Mitelpunk, el profesor, ese mismo que nos había dicho que "nadie hablaba al pedo", nos dijo que lo que pasaba era que nos costaba darnos cuenta que nos íbamos a separar, si "nos habíamos amado tanto". Y un relámpago de verdad iluminó mi oscuridad. Ya sabía lo que iba a querer estudiar.

En mi historia, la escritura y el psicoanálisis estuvieron siempre juntas, indivisibles. Mi analista decía que yo tenía la vida atravesada por frases que a la manera de aforismos, guardaban una verdad condensada, poética, en ese borde de contacto con la verdad absoluta, real, incandecente, que la metáfora guarda.

Nadie habla al pedo.

Nos habíamos amado tanto.

Te siento temblar junto a mí como una luna en el agua.

Por supuesto que a mí no me salía tan bien, eran vómitos furiosos apenas corregidos. Ya lo dice Liliana Hecker: el primer escrito es un mal necesario. Es como estornudar. Después vendrá la verdadera tarea de la escritura: corregir. Ella lo dice así: “Corregir es hallar el Moises en el bloque de mármol”.

En esa época me alcanzaba con estornudar. Cierta militancia me llevaba desde el amor hacia otras preocupaciones. En una oportunidad, mi amigo Eduardo pegó en el pizarrón de su colegio un “poema anónimo” que me robó la noche previa y que yo había escrito en ocasión de la matanza de Trelew el 22 de agosto de 1972 bajo el gobierno de Alejandro Agustin Lanusse. Yo rozaba los 16.

“Hoy es 22 de agosto/ hoy la patria se desangra/ hoy murieron compañeros/que se fueron para ver /de lo más alto del cielo/ a su patria liberada.”

Eduardo se comió 24 amonestaciones y podría haber sido mucho peor. En ese momento no sabíamos que la denominada Revolución Argentina, era apenas una muestra del desastre que sobrevendría algunos años después.

II

Otra marca importante ocurrió durante el último año de la Universidad. Por alguna de esas cosas difíciles de explicar, en el grupito de tres que preparábamos los últimos exámenes finales, se nos impuso un ritual. Cuando las fuerzas se desvanecían, cuando el hartazgo de los signos del Roschard nos nublaba la mirada, poníamos un disco de la Tana Rinaldi. Pero no cualquiera. Se trataba de un recitado que ella hacía de un poema de Homero Manzi con el fondo de la música de Sur. Se llamaba “Canción para esperar mi muerte”. Y así, mientras esperábamos, nuestras fuerzas volvían a nacer. “Estoy lleno de voces y de colores que juraron acompañarme hasta la muerte, como amantes resignadas al breve paso de mi eternidad”. Vana ilusión, aquella de tener tantas amantes y encima, resignadas a mi breve paso.

Ese rito, nos empujaba a estudiar. En aquel momento en el cual la muerte era un asunto ignorado en mi vida, cuando aún no se había muerto nadie, cuando mamá vivía (si, mamá. Porque a uno nunca se le muere una madre. Se le muere una mamá), cuando mi hermano vivía, allí, en esa época en la que el teléfono me seguía trayendo la voz de mi prima Mónica y la de mi gran amigo Carlos, allí, la idea de la muerte era tan solo uno de los absurdos previsibles.

“Sé que mi nombre resonará en oídos queridos –seguía Homero Manzi- con la perfección de una imagen y también sé que a veces, dejará de ser un nombre y será solo un par de palabras sin sentido. Estoy lleno de voces y de colores. Unas veces recogidos en el sonambulismo de la marcha, otras, inventados tras mi propia soledad.” Con ellos se integrará un cortejo final de despedida, se cambiarán en lágrimas y palabras piadosas”

Cuando finalmente me recibí, habiendo fracasado en mi intento de hacerlo teniendo veinte años (el título llegó apenas cumplidos los veintiuno) supe escribir, imaginando el instante en que me llamarían para dar el último final: “Te imaginás Freud y Homero juntos? Otra que terremoto a la mendocina, Cordobazo. La san puta de la erudición. Ya me llaman, y allí voy, ahora si, unido a tu ciencia. Allí voy Freud, junto a vos, aun cuando la muerte nos separe”.

III

¿Por qué escribís? Solían preguntarme. Escribo porque no puedo no hacerlo. Funciona casi como un automatismo, como respirar. ¿Por qué respiras? Solía contestarles.

Escribo porque no puedo dejar de respirar. ¿Te gusta? Sí, pero no lo elijo. Simplemente no puedo no hacerlo. No es una elección. Es un destino. A veces un calvario que me ayudó a pasar los otros, los amores defraudados, el desfallecimiento de ciertos ideales, las zozobras familiares, mi falta del aire suficiente. Algunas personas dicen que escribir les curaba el alma. A mí, escribir, me curaba el asma.

Es que otra de esas frases que organizaron mi vida desde chiquito, dice algo así: toda escritura es autobiográfica. Últimamente intento desplegar otra idea. Toda escritura es una “ficción autobiográfica”. Escribas lo que escribas, algo se te va a notar. Podrás hacer el esfuerzo más o menos metaforizado, pero se va a traslucir. Te guste o no te guste. No hay escapatoria. Salvo que escribas algo idiota, insulso, sin poner el corazón. Así podrás lograr que no se note nada más que tu temor a que se note todo. Y lo más probable es que nadie termine de leer ese bodoque, esas letras desperdiciadas en una arteria muerta, sin sangre que lo recorra. Para que esté vivo, para que haga temblar –como una luna en el agua-, tanto teorías como escenarios clínicos, tanto literatura como esquelas de amor, si no muestra ese impacto que te llevó a escribirlo, no vale nada. Escribir

tiene que valer la pena. Es la pena que te pulsa a narrar, a contar, esa pena que vale lo suficiente como para estar condenada a ser contada.

A mí no me sale, como suele decirse, escribir con una mano en el corazón. A mí me sale escribir con el corazón en la mano. No logro escapar a ese destino. Siempre es así, una autobiografía ficcionada.

Y vos, Daniel, condenado a escribirla.